

## EXAMEN ACTUAL DE LA PERSISTENTE CRISIS ECONOMICA ARGENTINA

Juan Velarde Fuertes

A veces, a los economistas argentinos, cuando recapacitan sobre lo que ha ocurrido en su país, se les escapan expresiones muy vivas de evidente molestia. Así, al observar que desde diciembre de 1979 a diciembre de 1989 el índice del coste de la vida de ese país creció un 263.897.657%, o sea a una tasa acumulativa mensual del 13,1%, el economista y sociólogo de la prestigiosa entidad de Buenos Aires Instituto Torcuato Di Tella, Juan José Llach, lanzaba esta interrogación tremenda: "¿Cómo pudo ser?".

### Una historia que ya es vieja

El problema procede de bastante atrás. Por eso tiene la antigüedad, no de una década, sino de hace sesenta años, o sea ni siquiera desde la llegada del peronismo. Este, sin embargo, acentuó una serie de políticas que estaban ya latentes en el momento en que se produjo la confrontación entre el radical Hipólito Yrigoyen y el general José Félix Uriburu, que derrocó al primero, sucediéndole el 6 de septiembre de 1930. Como una especie de desastre acumulado, desde entonces a hoy todo fue empeorando de manera cada vez más viva. El resultado fue el que se presenta en el cuadro nº 1 que recoge, cuantificado, un aspecto importante de la herencia recibida por Menem.

Por supuesto que los acontecimientos financieros de febrero de 1989 habían creado desequilibrios muy profundos en el cambio del austral y en los precios. Sin embargo, precisamente desde julio de 1989 las cosas parecieron cambiar. Ese mes había subido el IPC un 196% y los precios al por mayor un 209,1%. La rectificación pareció ser muy rápida: "Aunque a causa del arrastre estadístico la variación de los precios al consumidor en agosto fue aún muy alta (38%), la tendencia apuntaba a la baja. Por otro lado, aumentaron las reservas internacionales y las tasas nominales de interés cayeron de manera significativa. El saldo comercial del primer semestre fue ampliamente favorable, al expandirse 14% el valor de las exportaciones y contraerse 15% el de las importaciones".

Parecía terminarse el infierno desencadenado por Alfonsín, quien, no sólo por la derrota del candidato de la UCR, Angeloz, sino por la violenta crisis económica, abandonaba precipitadamente la Presidencia de la República. Los precios de los artículos de consumo crecieron, en los doce meses que terminaban en julio de 1989, un 3.610,2% y los al por mayor, un 5.077,8%. Esta fortí-

CUADRO No 1

	PIB p.m. (índice)	Población (millones)	Saldo en millones \$ Balanza comercial	Saldo en millones \$ Balanza c/c	Deuda externa total	Incremento anual del IPC	Cabezas de ganado en millones el 1 de julio	Petró- leo en m <sup>3</sup>	PIB in- dustrial (índice)	Australes por dólar
1980	100,0	---	---	---	---	---	55,8	28,6	100,0	0,0002
1981	93,0	28,7	-757	-4.712	35.671	131,3	54,2	---	---	0,0005
1982	87,6	29,1	+2.667	-2.354	43.634	209,7	52,7	---	---	0,002
1983	89,9	29,5	+3.469	-2.436	45.069	433,7	53,8	---	---	0,01
1984	91,9	29,9	+3.648	-2.495	46.903	688,0	54,6	---	87,8	0,07
1985	87,7	30,3	+4.753	- 953	49.326	385,4	54,0	26,7	82,0	0,60
1986	92,8	30,7	+1.959	-2.857	51.422	81,9	52,5	25,2	92,5	0,94
1987	94,5	31,1	+ 509	-4.231	54.700	174,8	51,1	24,8	92,0	2,14
1988	91,7	31,5	+3.880	-1.631	57.000	387,7	51,0	26,1	85,7	13,37

sima inflación había distorsionado de tal manera la estructura de los precios relativos que, a lo largo del segundo trimestre de 1989, se produjo un auténtico colapso en las transacciones reales y un fuerte descenso en la actividad económica. Aparecieron situaciones de trueque y la dolarización se hizo presente, como sucede siempre en las hiperinflaciones hispanoamericanas. Como señaló Daniel Naszewski, "la costumbre de traducir a dólares los valores de la producción local es un hecho: la nafta cuesta unos 40 centavos de dólar, los departamentos se cotizan en la divisa norteamericana, los alquileres se piensan igualmente en dólares, etc. Ultimamente, hasta los salarios suelen expresarse en dólares".

Este fenómeno de la dolarización contenía dentro un poderoso explosivo inflacionario. Cuando cae el austral respecto a la moneda norteamericana, toda la población apuesta a subidas inmediatas en los precios, sin esperar a que éstas se manifiesten una vez que se hayan producido las importaciones. Como también señala Naszewski, "hoy se sabe que una devaluación del dólar comercial genera nueva inflación, y se está aprendiendo que incluso la corrida del dólar paralelo termina generando el mismo movimiento inflacionario en virtud de que más y más operadores -ahorristas, productores, comercializadores, proveedores de servicios- ya calculan sus costes y fijan sus precios en función del dólar marginal...".

#### Menem intenta rectificar a Perón

La Administración Menem pareció querer atacar, de forma clara, los viejos planteamientos nacidos precisamente con el justicialismo. Curiosamente, el primero de los planes económicos que puso en marcha, nada más ocupar el poder, recibió el nombre popular de Plan BB. Se le llamó así a causa de las iniciales del grupo capitalista multinacional Bunge & Born, que el primer peronismo había incluido en cabeza del catálogo de sus enemigos. Sus dirigentes Jorge y Juan Born fueron secuestrados en 1914 por los montoneros en Buenos Aires -no se olvide que el Movimiento Montonero fue uno de los componentes del más amplio Movimiento Justicialista-, costando su rescate 60 millones de dólares.

Pues bien, ahora el Plan BB quería poner de manifiesto la expresa colaboración con este florón del más duro capitalismo histórico argentino, con amplios contactos multinacionales. La conmoción ideológica ha sido considerable. Las tesis originales justicialistas tienen, desde luego, abiertos designios anticapitalistas. En las décadas de los 70 y los 80 se fueron añadiendo a todo ello utopías gremialistas católicas, mensajes del estructuralismo económico latinoamericano y diversas variantes del marxismo, sobre todo a través de personas influenciadas por el trotskismo. Quizá no sea demasiado inexacta la síntesis que de este planteamiento justicialista utópico efectúa Jorge Abelardo Ramos: "La

experiencia global del peronismo es concluyente: el Estado debe democratizarse a sí mismo por la autogestión y el control de los trabajadores... Sólo así la Sociedad puede controlar al Estado y el Estado regir con equidad el trabajo social. Los peligros de la omnipotencia del Estado en los países socialistas, recuerda la omnipotencia del "mercado" (o sea, de los monopolios) en los países imperialistas... Esta gestión directa de los obreros, científicos, técnicos y empleados implica la democracia directa en todas las áreas, sea la economía, la cultura, los medios de comunicación, la vida social".

Después de todo ésto parece claro que el giro ideológico que Menem ha hecho dar al peronismo es extraordinario, no tanto por arriar viejas banderas como por desplegar una complacencia inequívoca ante su viejo enemigo, el capitalismo. Simultáneamente se desbaratan sus actitudes nacionalistas, que habían llevado al justicialismo, en el terreno internacional, a predicar la llamada tercera posición y a colaborar con intensidad en el campo de los llamados países no alineados, mientras se exhibía un inequívoco talante antinorteamericano.

Guido Di Tella, el economista peronista que fue designado por Menem embajador en Washington, se enfrenta sin dudarle con ambas cuestiones. Cuando el periodista Julio Nudler le pregunta hacia qué modelo se caminaba con lo que Di Tella había denominado la menemtroika, contestó: "Al único que hay. Pregúntele a Gorbachov cuántos modelos cree que hay", y cuando el periodista insiste diciéndole si no le parecía que el modelo de Corea del Sur era diferente del de Italia, replicó con contundencia: "No, son iguales. La única solución para crecer es el sistema capitalista, empresarial, que toma riesgos, schumpeteriano, no hay otro. Debido precisamente a que Argentina está tan mal, tan mal manejada, tan pobremente administrada en el sector público y en el privado, existe la posibilidad de que con las reglas simples, transparentes y claras, no trabantes, haya un gran florecimiento económico".

En cuanto a los Estados Unidos, señala que "tenemos que empezar a admitir que estamos en el mundo occidental, en una zona donde EE.UU. tiene un rol hegemónico, sin la menor duda", para reaccionar más adelante frente al viejo mensaje nacionalista antinorteamericano habitual en el peronismo: "No le vemos sentido a la vieja idea de que es mejor una empresa europea porque no es el imperialismo norteamericano. Los negocios son los negocios, y la mejor oferta es la mejor oferta. Esto es todo".

Todo ésto, además, no repugna precisamente al votante justicialista. El propio Guido Di Tella señalará en otras declaraciones: "Durante la campaña electoral, el 75 por ciento de los que dijeron que iban a votar por Menem, dijeron además que estaban a favor de las privatizaciones. Es decir, la base peronista

está cansada de la intervención estatal porque los teléfonos no andan, los hospitales tampoco. Menem interpretó ese sentir popular".

El Plan BB significaba, pues, no sólo iniciar una ofensiva de apertura al exterior muy franca, sino también aceptar el juego ortodoxo del mercado tal como se desarrolla en el sistema capitalista de empresa privada. De paso, efectúa dos planteamientos específicos. El primero, crear una base adecuada de concertación social: "El Presidente ha hecho reconciliaciones básicas: de los sectores del trabajo y la gran empresa, con el agro; la recomposición de las relaciones con Inglaterra y los EE.UU., incluso un intento de reconciliación con las instituciones militares... Estamos haciendo lo mismo que hicieron 20 ó 30 países después de la última guerra mundial y a todos los ha ido bien". Claro que esto tiene que tener alguna intencionalidad, y al enunciarla comienza a surgir la sombra sindical que puede alterar más de uno de estos planteamientos. El propio Di Tella ha de reconocer que "la peculiaridad peronista está en el modelo distributivo y de solidaridad social".

El intento de modificar un tanto esto resulta visible al contemplarlo a través del actual Secretario de Planificación, Moisés Ikonicoff, quien señalaba a Julio Nudler que "el proyecto de Menem (nuestro proyecto) está fundado en la alianza de los sectores productivos, no en el conflicto, para la construcción de una economía de mercado y un capitalismo de riesgo. Pero la alianza no la hacemos en abstracto. La hacemos con Bunge & Born, no porque sea perfecto, sino porque es la más distante del capitalismo asistido, con todas las características de una multinacional en los mercados en que actúa -incluyendo historias como las de Venezuela-. La alianza es entre los sindicatos y los empresarios de riesgo, con el menenismo como eje o bisagra. Y a esa alianza se incorporan otros partidos políticos, como el de Alsogaray y el de Angeloz. Y también van a estar las Fuerzas Armadas... Tenemos que reconstruir el Estado, y pasar del Estado benefactor al Estado conductor. Esto significa amputar del Estado todo aquello que él hace mal, todas sus actividades económicas que hoy -mañana no sé- no está en condiciones de hacer... El Estado lo único que puede hacer es crear las condiciones. Y volvemos a la teoría de Schumpeter: si no hay un empresario innovador, nadie podrá tomar su lugar... Los capitalistas asistidos, o se convierten en capitalistas de riesgo, o desaparecen... Acá el capitalismo asistido se acabó (porque, detrás de él)...no queda nada. Queda un campo de ruinas... No hay ninguna garantía de que además de destrucción haya creación".

### La existencia de lo viejo

Ikonicoff es consciente de que esa propuesta de concertación neocorporativa es de muy difícil articulación: "Todo el mun-

do reclama un capitalismo de riesgo... Todo el mundo aplaude. Pero el que crea que estos tipos aclaman y... van a ceder porque están con la abstracción del capitalismo,... está loco. Si alguien creyó... que los actores (sociales) iban a deponer, en aras de una mística nacional, la lucha obstinada por sus intereses personales, ese alguien no tenía la menor idea de la realidad. Los intereses sectoriales van a luchar con las armas en la mano".

Los fallos fueron rígidos. En primer lugar, los sindicatos. La CGT era alabada, con claras reticencias, por Ikonicoff: "Yo rindo homenaje a la prudencia, a la abnegación de los sindicatos, que son los que mejor se comportaron. Pero en las paritarias están peleando su participación en los precios relativos". Menem intentó socavar la fuerza de la CGT alzando, frente a la figura de Saul Ubaldini, su líder, la de Andreoni. Logró, sólo, una división gremial, y que las dos CGT entrasen en una pugna de popularidad, aparte de radicalizar a Ubaldini. Ultimamente la acritud ha crecido entre Carlos Menem y Saul Ubaldini. Las frases cruzadas -"Que los críticos se pongan en la vereda de enfrente", ha dicho el Presidente, a lo que Ubaldini ha replicado: "Nosotros no vamos por la vereda, sino por la avenida de la gran Patria"- indican que buena parte del núcleo más duro de la CGT no está dispuesto a ceder en su situación de dominio del mercado del trabajo. La CGT ubaldinista se opone con mucha dureza a la política reprivatizadora, y acentúa las divisiones en el mismo seno del Partido Justicialista.

Por supuesto que las recientes manifestaciones de la CGT en el caso del disuelto Banco Hipotecario Nacional fueron una señal de alarma ante la posibilidad de llevar adelante una seria política reprivatizadora. Resultan, en este sentido, muy reveladoras unas declaraciones de Carlos Grosso alrededor de un hecho: "en el debate sobre privatizaciones en Diputados nadie defendió al gobierno". Efectivamente, el 28 de febrero de 1990 "una belicosa barra entraba prácticamente por la fuerza al recinto de la Cámara de Diputados, derrochando epítetos de respetable grosor contra la política de privatizaciones del Gobierno. Radicales, justicialistas rebeldes y la izquierda, intentaron votar una declaración pidiendo se suspendiera por varios meses el proceso de reestructuración ferroviaria... El oficialismo tomó preocupado nota de un hecho: ya no eran sólo los diez legisladores rebeldes (llamados los zurditos por sus cofrades peronistas) quienes se animaban a criticar abiertamente la política económica; ahora se les habían sumado muchos ortodoxos de origen gremial. "Es que si no, las bases les van a pasar por encima", intentó justificarlos un apenado menemista".

De ahí que, en las referidas declaraciones, el peronista Grosso puntualizase que todas "las encuestas, desde las liberales de Mora y Araujo hasta las peronistas de Julio Aurelio, demuestran que el 80 por 100 de la gente opina que este Estado no da para más. Lo que pasa es que nadie quiere que privaticen la empresa donde trabaja, pero los de Segba votarían por la privatiza-

ción de ENTEL, los ENTEL por la de Ferrocarriles y éstos por la de Segba".

Todo el plan se viene al suelo. Los esfuerzos reprivatizadores y desreguladores del buen administrativista Dromi, ministro responsable de la cuestión, se convierten en un puro arar en el mar. Los grandes acuerdos políticos para, con el Congreso o sin el Congreso, sacar las cosas adelante se esfuman por momentos. El Economista del 23 de marzo de 1990 lo indicaba en un trabajo en la portada, donde se exponía cómo todo el entramado se había venido al suelo, bajo el título de Sin pacto.

Saul Ubaldini, mientras tanto, a través de Fernando García Della Costa ha expuesto, en la revista peronista de derecho Debate, todo un plan "nacional y popular" acorde con el nacionalismo peronista original. Según La Nación, en esa alternativa económica cegetista "también colaboraron el economista Eric Calcagno y el ex funcionario de Defensa Carlos Vattuone, un asesor de Ubaldini que mantendría añejas vinculaciones" con los militares, en estado de semisedición, Aldo Rico -cuya proyección política la desarrolla el Movimiento de Recuperación Nacional, Morena- y el héroe de Malvinas, Mohamed Alí Seineldin, que tiene apoyo sindical creciente, incluso en ramas menemistas: trabajadores municipales, cuero, portuarios, funcionarios de Educación. Agrega La Nación que Calcagno y Vattuone "trabajaron últimamente en estrecha relación con Luis Carbonetto, autor del plan económico que puso en marcha el presidente peruano Alan García durante sus primeros años de gestión... Muchos afirman que Carbonetto tiene elaborado el plan económico más serio de alternativa al del Gobierno, con acento en la producción interna y en los controles de todas las variables. El opuesto exacto a la política liberal impulsada por el Gobierno. Ese mismo documento está desde hace tres meses en manos de Seineldin. Algunos afirman que también está en el despacho de Ubaldini".

Al no poderse alterar la estructura económica básica argentina, los problemas no sólo permanecen, sino que se agravan. El Estado, debilísimo, no pone orden fiscal alguno. La dolarización, secuela de la inflación y causa de ella también, progresa. Surge así un movimiento de opinión en favor de la supresión de la moneda local, al modo de lo que sucedió con los balboas en Panamá. Sin embargo, como dice Ricardo Delgado, "parece improbable que el Estado se resigne a perder el impuesto inflacionario y la potestad de ser el único emisor del dinero que, en definitiva, le da el manejo -por cierto, cada día más acotado- de la política monetaria".

Para complicar las cosas, surgió el Plan Bónex. Para atajar la presión hiperinflacionista, se transformó coactivamente una deuda a corto plazo en australes -los depósitos de los bancos- por una a largo plazo en dólares, los Bónex. De momento, se atajó

el progreso hiperinflacionario que parecía imparable el pasado mes de enero. El cuadro nº 2 muestra la evolución del IPC y de los precios mayoristas argentinos desde febrero de 1989, momento en que se le fué de las manos la situación a la administración radical.

CUADRO Nº 2

<u>Fechas</u>	<u>Incremento en % mensual del IPC</u>	<u>Incremento en % mensual de los precios mayoristas</u>
Febrero 1989	9,6	8,3
Marzo 1989	17,0	18,9
Abril 1989	33,4	58,0
Mayo 1989	78,5	104,5
Junio 1989	114,5	132,3
Julio 1989	196,6	208,2
Agoisto 1989	37,9	8,5
Septiembre 1989	9,4	2,5
Octubre 1989	5,6	1,5
Noviembre 1989	6,5	1,8
Diciembre 1989	40,1	48,6
Enero 1990	79,2	61,6
Febrero 1990	61,6	87,0

El parcial frenazo de febrero de este año -naturalmente, no se conocen aún las cifras de marzo- se pudo llevar adelante a cambio de generar tal clima de desconfianza "que el Estado ya no puede colocar instrumentos de deuda de ningún tipo, incluidos los australes, que no son más que instrumentos de deuda gratuita". Como nadie quiere australes, se comprende lo que acaba de exponer Enrique Szewach, economista jefe de la Fundación de Investigaciones Económicas Latinoamericanas (FIEL), en el sentido de que se ha producido la mayor caída en la demanda de dinero nacional de la historia económica argentina.

Es evidente que el país "ahorra en dólares. Según algunas estimaciones, sólo el 17% del total de moneda que tienen los argentinos está en australes, mientras que de esa tenencia el 14% tiene como contrapartida papeles del Gobierno. Estos datos revelan que la diferencia -un peligrosísimo 83%- está en dólares. No es nuevo. Los cambios en la composición de la cartera de los agentes económicos en economías que vivieron constantemente en regímenes de alta inflación, y que soportaron una hiper, tienden a concentrar la mayor parte de las tenencias en monedas duras que estén cubiertas del impuesto inflacionario".

De ahí que se contemplase en Buenos Aires la patética "cuasi-imposibilidad" de frenar el alza del dólar, con sus consecuencias desestabilizadoras, por parte del Banco Central de la Repú-

blica Argentina a lo largo de los últimos meses de 1989 y los del comienzo de 1990. Como escribía Ricardo Delgado, "primero licitó letras dolarizadas, luego intentó operar su propia masa de dinero, y por último, se dieron señales de firmeza en el discurso de Economía. Nada de eso dió resultado". La situación duró hasta el 28 de febrero, en que el austral se cotizó a unos 6.000 por dólar. A partir de ahí se produjo un descenso tan rápido que, como se señala en La Nación, resultó sorprendente que la caída del dólar "sólo pudo detenerse a través de una creciente intervención del Banco Central... que compró una importante cantidad de dólares". El motivo se encontró en la fuerte contracción monetaria impulsada por el entonces presidente del Banco Central, Enrique Folcini, y apoyada en "el incumplimiento en el pago de las obligaciones del Estado, como por ejemplo el diferimiento de la deuda con sus proveedores y un considerable retraso en los salarios del sector público". Todo ésto eliminó de tal manera los australes de la plaza de Buenos Aires que hay que entender la compra de dólares no sólo como una medida para estabilizar el mercado de cambios, sino como un procedimiento para inyectar australes y no provocar una crisis seria del sistema financiero. Todo ésto crea unas expectativas inerciales inflacionistas muy difíciles de evitar. Como señalaba Ricardo Sarmiento en un comentario, "el dólar sube por la falta de confianza; los precios suben ajustándose al valor del dólar; la inflación aumenta, y todo este vértigo termina justificando el valor de un dólar que... no tiene razones técnicas fundadas para estar situado en el actual nivel".

### El fin de una ilusión

El sistema monetario argentino, por tanto, se encuentra, una vez más, en trance de liquidar su base monetaria. Esta inflación engulle, pues, tanto la vida argentina toda como los planes económicos aparentemente mejor montados. Parece ya una historia muy vieja el ya mencionado Plan BB, que fracasó en medio de una gigantesca especulación sobre el dólar que provocó una caída no menos gigantesca del austral, como prueban los saltos de 1989 a 1990: 28,20 australes por un dólar en febrero, 290 en mayo, 648 en agosto, 1,020 en noviembre, y en febrero de 1990, 6.000.

Los niveles de corrupción pasaron a crecer con enorme rapidez. El 17 de febrero de 1990, el Ministro argentino de Interior, Mesa Figueroa, declaraba en un programa de radio que hay corrupción, "no sólo dentro del Gobierno, sino en todo el país". El desánimo surgió mientras, a causa del caos provocado en los precios relativos por la hiperinflación y por las consecuencias de la lucha desesperada contra ésta, se paralizaba el esfuerzo productivo, y con la baja de la producción industrial crecía con ímpetu el paro. El pánico reinó. Enrique Zuleta Puceiro acertaba al titular su artículo semanal de El Economista así: El fin de una ilusión. Comenzaba como sigue: "La curva alucinante del dólar paralelo reveló una vez más su condición de indicador principal

en el complejo tablero de controles con que los argentinos miden tanto la temperatura y la gravedad de la crisis como su propia actitud ante la misma". No da la impresión de que vayan a ayudar las fuerzas sociales argentinas, porque, como continúa Zuleta Lucero, "¿puede acaso pensarse en que sindicatos enfrentados negocien con el mosaico fragmentado de sectores empresariales más interesados en defender sus posiciones respectivas que en asumir su condición de piezas fungibles en un diseño mayor de país?. ¿Qué pueden de hecho aportar los partidos, tanto desde el dividido bloque oficialista como desde el no menos conflictuado y desprestigiado bloque opositor?".

Tras la caída como ministro de Economía de Rapanelli -su antecesor, Miguel Roig, falleció de un infarto a los pocos días de tomar posesión- la responsabilidad ha pasado a un democristiano, Antonio Erman González, que da a luz plan tras plan con celeridad paralela al agobio colectivo y creciente que se experimenta. En este momento se está en el "Plan Erman III, pero el IV puede llegar en cualquier momento. La desconfianza se generaliza. En el exterior existen más de 40.000 millones de dólares exportados por argentinos. En las instancias internacionales no se cree posible que Argentina salga con alguna soltura de la actual crisis. Shafiqi Islam, del FMI, indicó que "Menem, por querer aniquilar la hiperinflación con un tratamiento gradual, ha perdido, quizá para siempre, uno de los dos pilares de la estabilización, la credibilidad... La hiperinflación es como un tigre, si no se le mata la primera noche volverá más tarde por su presa"... Menem ahora no es más que otro Alfonsín, dijo.

En el fondo, como colofón, creo que estoy totalmente de acuerdo con las amargas palabras de Stanley Fisher, el vicepresidente y economista-jefe del Banco Mundial, en sus declaraciones a Ana Barón, al señalar, tras elogiar con amplitud la política económica de Chile: "No habrá solución en la Argentina si los argentinos no pagan impuestos. La clave es el déficit fiscal. El problema de la deuda externa no justifica la implementación de políticas económicas erróneas... El Plan Austral fracasó porque no adoptaron buenas políticas fiscales... Si uno mira los datos sobre Argentina, observa que el Gobierno recauda sólo el 4 por 100 del producto bruto en impuestos. Esto es una locura. Un país no puede funcionar así. Todos están esperando que algunos argentinos sean juzgados y detenidos en una prisión por no pagar impuestos... Si los países latinoamericanos no están recibiendo inversiones es porque no están haciendo lo mejor que pueden en el control de la economía. Las situaciones adversas no justifican las malas políticas... Todo el mundo quiere que a la Argentina le vaya bien. Pero también hay que ser realista. (Para ella vale lo que sigue). Recientemente estuve en Polonia. Uno de los ministros me dijo que había tenido muchos milagros. Primero tuvieron un Papa polaco; luego vino la creación de Solidaridad; tercero, Gorbachov logró imponerse en la Unión Soviética; cuarto, obtuvieron una gran ayuda externa, y quinto,... a lo mejor un día de éstos los polacos deciden que es necesario trabajar más. Nunca hay que

perder las esperanzas".

Vos querés ahora quemar al país

Esta posibilidad de admitir los sacrificios en aras del futuro no parecen facilitarla los tres grandes obstáculos que se han incubado desde 1930 y, sobre todo, desde 1946, con Perón: los del nacionalismo, estatismo y sindicalismo, que, demagógicamente, son capaces de ahogar cualquier reflexión. Rapanelli, el 7 de diciembre de 1989, como ministro de Economía, reclamó la implantación de medidas durísimas. "Cuando se supo que el aumento de salarios que se proponía para compensar el impacto era de sólo 12.000 australes -al cambio actual, que no es muy significativo, unas 350 pesetas-, la discusión (del Gabinete) entró en un tono durísimo... José Luis Manzano argumentó sobre el impacto social de un paquete como el que se consideraba y recordó que en su juventud había salido "a quemar colectivos" -autobuses- en defensa de supuestas causas populares (y por motivos más nimios que los actuales). Rapanelli, con voz seca, le retrucó: "Claro, y ahora querés quemar al país"... ". Rapanelli cesó casi instantáneamente; Manzano sigue teniendo responsabilidades de mucha importancia; mientras tanto, el cuerpo social de Argetina es cada vez más inflamable.